viendo que los cristianos se defendían. Hízose diligencia en matarlo, derribando una pared, y aquel portillo se fortificó con artillería y reparos; y porque de una torre, que estaba en las casas de Motecuhzuma, hacían daño, Cortés determinó de ganarla. Fue con doscientos castellanos y fue cosa misteriosa que echando tan grandes maderos por las gradas, atravesados, que se podían llevar diez y doce hombres, se volvían de punta y así no hacían daño. Ganó la torre, mató a los que la defendían, entró por la ciudad, quemó más de mil casas, ganó siete puentes, mató gente sin número, y aquí llegó a gran priesa uno de a caballo a decirle que los señores mexicanos le querían hablar de paz. Holgó de ello, mandó que Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval fuesen con sesenta de a caballo y que con cuatrocientos infantes quedase Juan Velázquez de León, para que no se perdiesen las puentes ganadas. Fue a los mexicanos, saludóles con mucha gracia, dijeron que por qué no se iba como lo había prometido, pues tenía navíos y no les daba a su señor Motecuhzuma. Y platicando sobre esto le llegó aviso que eran perdidas las puentes; acudió a socorrerlas; halló muerto a Juan de Soria y a otro y caídos cinco caballos. Cobrólos y peleó tan valerosamente que con sola su persona, restauró las vidas de muchos.

CAPÍTULO LXX. *Que prosigue la batalla de los indios; y fin y muerte que tuvo este gran monarca y emperador Motecuhzuma a manos de los mexicanos*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS al alojamiento con dos pedradas en en una rodilla, halló la gente muy confusa porque, como tardaba, pensaba que era muerto; alegráronse con él; continuábase la batalla; los indios abrían las puentes y peleaban de las azoteas. Vio Cortés a uno muy galán, a quien todos obedecían; envió a Marina para que preguntase a Motecuhzuma si habrían dádole obediencia. Dijo que no se atreverían en Mexico a elegir rey, siendo él vivo; quísolos mirar, dijo que eran sus parientes y que entre ellos estaban el señor de Tetzcuco y el de Itztapalapa. Crecía la batalla; hallábase Cortés muy confuso y también Motecuhzuma, que debía de temer que le matasen; dijo a Marina que hiciese saber al capitán, que quería subir a un pretil para hablar a sus vasallos, con que podría ser que viniesen en algún buen medio. Cortés holgó de ello, subió con doscientos castellanos de guarda, vestido realmente y con él Marina para entender lo que se hablaba. Los señores que subieron con él, hicieron señal luego le conocieron, alzó la voz, y dijo que por el bien que les había hecho holgaría que le mostrasen agradecimiento y que había entendido que habían hecho rey porque estaba preso y quería bien a los cristianos y que no creía que dejasen a su rey natural por otro, lo cual vengaría Dios; y que si habían peleado tanto por ponerle en libertad se los agradecía; pero que iban errados, porque de su voluntad se estaba en aquellos aposentos, que eran

de su casa para hacer buen tratamiento a los huéspedes; que les rogaba dejasen las armas, pues uno de ellos que moría les costaba más de dos mil, especialmente, habiendo rogado con la paz y no les habiendo tomado sus haciendas, ni forzado sus mujeres, ni hijas y con todo eso se querían ir y que él saldría de allí cuando quisiese; porque siempre había tenido libertad para ello y que si le amaban cesasen y dejasen la pasión que nunca dejaba acertar. Los mexicanos le oyeron con gran atención, pero luego dijeron: calla bellaco, afeminado, nacido para tejer y hilar, esos perros te tienen preso porque eres un gallina. Volvieron a pelear, tirando muchas piedras y flechas; y dicen las relaciones de nuestros españoles que aunque un castellano tenía cuidado de arrodelar a Motecuhzuma, quiso la desgracia que le acertó una piedra en las sienes; bajó a su aposento, echóse en la cama de avergonzado y corrido, aunque la herida no era mortal.

No cesaba la pelea, entre tanto que Motecuhzuma estaba en la cama, y dicen los castellanos que fue creciendo el accidente de la pedrada y empeorando la herida, porque no se quiso curar; y viendo que le faltaban las fuerzas mandó llamar a gran priesa a Cortés y sentado en la cama, arrimado a los cojines, con muchas lágrimas, tomándole por las manos, le dijo que no sabía por dónde comenzar y que él era el Motecuhzuma a quien tanto había porfiado de visitar y aquel a quien tanto en el mundo habían reverenciado, ¿que qué desgracia había sido la suya?, que él no se alzó con reino ajeno; que había hecho justicia; conquistado muchos reinos; hecho muchas mercedes y que aquellos que no le osaban mirar se hubiesen atrevido contra su rey, diciendo palabras que no se dijeran a un esclavo, apedreando la persona real y que el corazón se le hacía pedazos y acababa la vida con gran rabia y que quisiera ver mucho el castigo de aquéllos, pero que ya no había remedio y que más le acababa el enojo que la herida. Y le rogaba que, pues moría por su causa, tuviese cuidado de sus hijos y castigasen a los que le habían afrentado y al que se había alzado con el reino. No pudo Cortés dejar de enternecerse mucho con estas razones y tomándole las manos le suplicó que no se afligiese, que haría lo que el mandaba como si el rey su señor se lo ordenara, que había hecho mal en no dejarse curar y que le daba su palabra de mirar por sus hijos y vengarle muy bien. Con éstas y otras muchas razones que le dijo Cortés quedó muy consolado y, por ir a ver lo que pasaba en la batalla, se despidió de él. Volvió a verlo otro día que le dijeron que estaba muy malo y hallóle muy angustiado; díjole que pues se había concertado que se bautizase que lo hiciese y salvase el alma, que allí estaba fray Bartholomé de Olmedo que lo haría. Respondió, que por media hora que le quedaba de vida no se quería apartar de la religión de sus padres y luego murió, estando presentes algunos señores de los que estaban presos con él, a los cuales encomendó a sus hijos y la venganza que deseó hasta el último punto. Jamás consintió paño, ni cosa sobre la herida y si se los ponían, muy enojado se los quitaba, deseándose la muerte. Lo común que corre entre los castellanos, de la muerte de este gran monarca Motecuhzuma, es esto; pero Diego Muñoz Camargo dice en su *Memorial de la descripción de Tlaxcalla,* que oyó a muchos de

los conquistadores que él conoció y comunicó que estando ya para morir, pidió el agua de el bautismo y que fue bautizado y que murió cristiano y que fueron sus padrinos Fernando Cortés, Pedro de Alvarado y Christóbal de Olid. Esto segundo no le estuviera mal a este desgraciado rey, pues ya que perdía su reino, salvaba el alma, que vale más que todo el mundo; pero tengo grande duda de ello, porque a ser verdad se preciara de ello Cortés y fuera tan público y caso tan trillado que no quedara en opinión; mayormente que dice Gómara que pidió el bautismo por carnestolendas y no se lo dieron entonces, por dárselo la Pascua, con la solemnidad que requería tan alto sacramento y tan poderoso príncipe; y añade luego: aunque fuera mejor no alargarlo; mas como vino primero Pámphilo de Narváez, no se pudo hacer, y después de herido, olvidóse con la priesa de el pelear. De manera que si hubiera recibido el bautismo se dijera, en especial habiendo sido sus padrinos (como dice Camargo) Cortés, Alvarado y Olid, que vivieron después muchos años y hicieron otras entradas y conquistas y lo dijeran a muchos y muchas veces; y de haberlo callado y no haber habido hombre que dijese que se lo había oído decir, se infiere con certidumbre no haberse bautizado; antes afirma fray Bernardino de Sahagún, en sus libros de la conquista, los mismos españoles lo mataron, lo cual dice por estas palabras formales.

Después que llegó el capitán don Fernando Cortés de vuelta de la costa de la mar, mostráronle los indios la ira y la determinación que tenían de acabarlos a todos, en que nadie le salió a recibir y todos se escondieron; entendióse este su mal propósito, con la perseverancia que hacían en la guerra que les daban y por esto también los españoles se encolerizaron y hablándoles su capitán les dijo a los indios y a sus soldados: amigos y compañeros míos, estos mexicanos están determinados de matarnos a todos, pues nosotros todos, con nuestros amigos los indios, determinémonos de defendernos; y si no pudiéremos hacer en nuestra defensa otra cosa, los mataremos a ellos y les tomaremos su señorío y los haremos esclavos nuestros. Porque estos indios, todos son idólatras y adoran a los demonios por dioses y no serán poderosos para librarlos de nuestras manos; y aunque nosotros somos menos que ellos y estamos en su tierra, tengamos esperanza en Dios nuestro señor, que él nos ayudará y nos los dará en las manos; porque es Dios solo todo poderoso. De esta manera se determinaron los españoles a morir o vencer varonilmente; y así hablaron a todos los amigos indios y todos ellos estuvieron firmes en esta determinación; y lo primero que hicieron fue dar garrote a Motecuhzuma y a Itzquauhtzin, señor de Tlatelolco y a otros señores que tenían presos y los echaron muertos fuera de el fuerte. Y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinación y que de ellos había de comenzar esta obra y luego todos los demás habían de ser muertos a sus manos; dijéronles, no es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos y desque les hubieron dado garrote y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba Tehuayoc, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra, porque allí estaba labrada una tortuga

de piedra. Y que esto haya sido así, puede ser posible, pues para tenerse por seguros, le habían prendido y viendo agora que no bastaba la prisión, usarían de este último medio para ver si se aplacaban y atemorizaban estos mexicanos, viendo muerto a su señor; pero como en casos de opinión no se puede certificar nada, queda este juicio al de Dios que escudriña corazones, como dice David,[1] y él manifestará esta verdad en el día del juicio, donde cada cual será argüido de ella. Lo que se sigue luego es que, muerto Motecuhzuma, cuatro horas después, dicen los mismos castellanos, y lo refieren Gómara y Herrera, que se asomó Cortés al azutea de la casa y hizo señal que cesase la batalla, que quería hablar a los capitanes. Díjoles que habían dado mal pago a su gran señor, pues le mataron de una pedrada y que había muerto más de enojo que de la herida, que se le enviaría, para que le enterrasen conforme a su costumbre y que no porfiasen más, pues Dios que era justo asolaría aquella ciudad por sus manos. Dijeron que ya tenían rey, que no querían vivo ni muerto a Motecuhzuma y otras desvergüenzas tales. Volvióles Cortés las espaldas, mandó a dos señores, de los que con él estaban, que lo sacasen a cuestas para que viesen que murió de la pedrada. En saliendo corrió a él un indio ricamente vestido; hizo grandes visajes, sin hablar, como quien decía, ¿qué cuerpo era aquel?, y como le dijeron que de Motecuhzuma, señaló que le volviesen a los castellanos y luego fue corriendo hacia los suyos y después desaparecieron los que lo llevaban y los castellanos no supieron más de él, sino que le debieron de enterrar en el monte de Chapultepeque, porque allí se oyó un gran llanto, y esto dice Herrera en su historia.

Lo cierto es, según relación de los mismos indios, la cual tengo en mi poder escrita en lengua mexicana, que muertos Motecuhzuma, emperador y Itzquauhtzin, señor de Tlatelulco y otros, que con ellos estaban presos, los mandó Cortés echar en aquel lugar dicho, donde llegaron los mexicanos y tlatelulcas y conociéndolos se los llevaron y a Motecuhzuma a un lugar llamado Copalco y no Chapultepec, como dice Herrera y allí hicieron una grande hoguera y quemaron su cuerpo; pero como aquella honra que le hacían ya no era por amor que le tuviesen sino sólo por ser cuerpo de su rey, a quien viviendo habían obedecido, fue de manera que no le cubrieron todo el cuerpo y como no estaba cubierto todo, hedía con la chamusquina; y como ya le aborrecían los mexicanos, por haberlos puesto con su remisión y cobardía en aquel extremo, algunos de los presentes, que celebraban el acto, como más libertados, decían: este bellaco que espantaba al mundo y lo atemorizaba haciéndose temer de todos y que al que le ofendía en cosas muy leves y livianas, se las hacía pagar con castigos muy graves y rigurosos, que daba crédito a cualquier mentirilla y la castigaba con rigor de tirano, ¿cómo ahora ha estado tan cobarde, que le han dado la muerte estos pocos hombres? Éstas y otras cosas más feas le decían con ultraje y menosprecio y con estos denuestos le celebraron sus obsequias.

A Itzquauhtzin llevaron los tlatelulcas en una canoa, a la parte que se

[1] Psalm. 7. Hier. cap. 17.

llama ahora Santiago y cuando lo sacaron a tierra los tlatelulcas comenzaron a llorar y a decir con grande sentimiento: sea bienvenido el desgraciado capitán Itzquauhtzin que con Motecuhzuma sufrió tantos trabajos, así en guerras como agora en la prisión. ¿Qué no sufrió por nuestro amparo y defensa en los tiempos pasados este cuerpo que agora está muerto, cuando el alma le daba vida? Y callando todos comenzaron a componerlo de los atavíos y mortaja con que solían engalanar a sus señores y caciques y llevándolo al patio del templo le celebraron sus obsequias con grandes llantos y solemnidad; y quemado su cuerpo, pusieron sus cenizas en un lugar llamado Quauhxicalco y lo mismo hicieron de los otros señores que murieron con ellos, según la dignidad de cada uno.

Este fin tuvo este excelentísimo príncipe Motecuhzuma, del cual afirman que nunca (aunque de muchos fue requerido) consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, a quien mucho amaba; aunque hay también quien diga lo contrario. Y dice Gómara que todos dan buenas razones; pero que no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje ni después hallaron vivo a ninguno con quien Motecuhzuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Éstas son palabras formales de Gómara, de donde se puede bien inferir que el prenderle y echarle grillos y quitarle la vida, si es verdad que se la quitaron, más procedió de quererlo hacer sin causa, si ya no lo era la del temor, que justicia que hubiese para hacerlo; aunque también digo, que medios que suelen parecer herrados en las cosas que suceden, son los ciertos de aquella misma cosa; y dado caso que Cortés, con razones aparentes, se moviese, al fin le llevaba su ventura por aquel modo a los fines que después tuvo.

Dicen los indios que fue el mejor de su linaje y el mejor rey de Mexico. Plutarco, en la vida de Theseo, dice que muriendo este desgraciado príncipe a manos de un su enemigo a traición, dio fin a sus trabajos desventuradamente y luego dice: es ejemplo, por cierto digno de memoria, que nos amonesta la ingratitud de los hombres y la fragilidad y miserias de la vida humana, en el cual, si con atenta consideración se mirasen los que están puestos en el estado de la administración pública de los reinos, conocerán su flaqueza y no se ensalzarán desordenadamente en el tiempo de las prosperidades, pues que no hay ningún favor ni fortuna humana tan durable, que en un punto no pueda tornar muy presto su rueda, como claramente vemos por experiencia que suele acontecer a los más excelentes varones y que son oprimidos y arruinados por el albedrío de la ciega fortuna, los que con justa razón eran dignos de eterna gloria. Así que el mismo curso de esta miserable vida de los mortales claramente nos amonesta ser muy verdadera la sentencia de Solón, filósofo ateniense, el cual solía decir que ninguna criatura humana se podía llamar dichosa y bienaventurada hasta el último artículo de la vida. Éstas son palabras formales de este sapientísimo varón, y es mucho de notar que cuando los reinos están más encumbrados y puestos en su mayor pujanza, entonces parece que dan mayores

caídas, como parece en el de Nabuchodonosor, Alexandro Magno, los persas, asirios, medos y romanos (como decimos en otra parte) y se verifica también en este gran monarca Motecuhzuma y en el Perú, en Atahualpa, rey inca. Y dicen los que mejor entendieron este caso que más perdieron los españoles con la muerte de Motecuhzuma que sus propios indios, consideradas las muertes y destrozos que después se siguieron, porque los nuestros anduvieron fugitivos y bien cercanos a la muerte y los indios se quedaron por entonces en sus casas y eligieron nuevo rey.

Fue Motecuhzuma hijo del gran rey Axayacatl y sobrino de los reyes Ahuitzotl y Tizoc, que antes de él reinaron y después de la muerte de su padre acrecentó su imperio y lo tuvo en gran prosperidad. Fue muy liberal para con todos y muy franco y dadivoso con los españoles; fue muy templado en comer, tuvo muchas mujeres y procedía con ellas con templanza, tratábalas bien, honrábalas mucho. Fue justiciero, no perdonaba a nadie, aunque fuese su hijo; fue muy devoto y curioso en su religión; sabio en paz y en guerra, aunque dice Gómara que cuentan que fue sabio y añade: y a mi parecer o fue muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía y a la verdad no fue sino lo primero, porque si sufría, era más no poder y por entender que con sufrimiento vencería sus trabajos, que es muy de cuerdos darles soga cuando de no darla crecen y prevalecen. Venció nueve batallas campales; fue grave y severo y cuando salía en público iba muy acompañado y holgaba el pueblo de verle. Servíase con mucha grandeza y ceremonias. Quiso mucho a los castellanos, a lo que exteriormente se comprehendió (como decimos en otra parte). Dende a poco que se llevaron el cuerpo de Motecuhzuma, dice Herrera que dijo Cortés a los capitanes, que pues era justo que le enterrasen como convenía a tan gran rey y eligiesen sucesor, que para entender en dos cosas tan importantes como éstas, que se dejasen las armas entre tanto, porque él se quería hallar a sus honras y que por su respeto no les había hecho mayor guerra. Respondiéronle que no tratase de aquello, sino que se fuese, y otras muchas libertades, para que saliendo le pudiesen coger entre puertas (como dicen) y con esto se acabó la plática.

CAPÍTULO LXXI. *De cómo Fernando Cortés se sale de Mexico de noche no habiendo podido salir de día, y del peligro en que se vido y gente que le acometió*

IENDO FERNANDO CORTÉS que su remedio consistía en las manos, salió con tres mantas que habían hecho en el alojamiento y con sus ruedas, llevaban treinta hombres a cada una, cubierta con tablas gruesas de tres dedos. Fue la primera por la calle de Tacuba, que es la más principal de la ciudad. Al principio se maravillaron los indios de ver aquellas máquinas, yendo las otras dos por otras dos calles. Salió Fernando Cortés con los castellanos y tres mil tlaxcaltecas; comenzaron a arrimar